

OLVIDO Y MEMORIA DE DIOS

Para una espiritualidad basada en el amor agradecido, según S. Alonso de Orozco

Introducción. Tiempos de «explosión», tiempos de «eclipse» de Dios.

Nos proponemos presentar alguno de los aspectos más destacados de la espiritualidad de san Alonso de Orozco (1499-1591), agustino, predicador real, escritor, fundador, y personaje popularísimo por su santidad en el Madrid de mediados del siglo XVI, apreciado por reyes, nobles y por todo el pueblo de esa ciudad, especialmente por los pobres, a los que no se cansaba de ayudar, con diligencia encomiable, en sus penalidades.

Nos mueve no solo dar a conocer algo de su espiritualidad, sino también la esperanza de poder ayudar al creyente del siglo XXI en su relación con Dios. San Alonso vivió, es verdad, en una época muy diferente de la nuestra. Por lo que toca simplemente a la percepción social de Dios, las distancias parecen insalvables, pues la suya ha sido caracterizada como un tiempo de «explosión de lo divino» (Bennasar 1985: 11), mientras que a la nuestra se la ha calificado como un tiempo de «eclipse de Dios» (M. Buber).

Sin embargo, a pesar de esa distancia, sigue siendo cierto que la fe, además de don, es opción personal, y como tal, puede estar condicionada por la época, pero no sometida a ella; puede marchitarse aun en contextos favorables y, por el contrario, crecer y fortalecerse en medio de situaciones adversas. El florecimiento de lo religioso en su tiempo no impidió ver a Alonso de Orozco la tibieza y superficialidad con que no pocos vivían su fe. Por el contrario, no faltan en nuestro tiempo ejemplos de fe robustos y evocadores. Cambian los tiempos, se mantiene la fe. Por eso, lo dicho en otras épocas, y sobre todo cuando quien lo dice es un hombre tocado por la gracia y el amor de Dios, como es el caso de nuestro autor, puede servir, con las adaptaciones oportunas, también para enriquecer nuestra actual vivencia de la fe.

Desde estas reflexiones me acerco a un binomio presente en no pocas de las obras de Alonso de Orozco: olvido y memoria. No aluden al contexto socio religioso, sino a la intrahistoria de cada ser humano, a su santuario interior, donde se resuelve la opción por la fe viva o su rechazo, por la memoria de Dios o su olvido y el de su amor como guía de la propia vida. A partir de la consideración del amor de Cristo reflejado en los múltiples beneficios de él recibidos, Alonso de Orozco desarrolla un proceso de transformación del creyente como respuesta agradecida a ese primer amor revelado en Cristo, que culmina con la unión de amor con Dios, iniciada en esta vida y culminada en la otra.

Si la fe, entendida no solo como asentimiento de verdades, sino sobre todo como adhesión amorosa a Dios, nace del amor infinito de este por nosotros (Sebastián Aguilar 2012: 84-85.184) y si «no es la inteligencia sino el amor lo que nos mueve a aceptar la verdad de lo que creemos» (Sebastián Aguilar 2012: 209), quizá la invitación de Alonso de Orozco a considerar ese amor en nuestra vida y a vivir desde él sirva para fortalecer nuestra propia experiencia de fe en el momento presente y hacer de nuestra existencia un testimonio más creíble para el mundo de hoy. Tal vez pueda también ayudar a pasar de una vivencia de la religión como remedio contra el sufrimiento y la indigencia, que la revolución científico-técnica ha puesto en crisis, a otra forma de ser religiosos «desde la abundancia,

desde lo mucho que recibimos y tenemos, con una religiosidad de la gratitud, de la alabanza, de la esperanza y del gozo» (Sebastián Aguilar 2012: 75).

Pero antes de abordar el asunto central, tenemos que presentar brevemente la antropología teológica del autor¹, en la que se apoya toda su espiritualidad, si queremos captar todo el alcance de su propuesta.

1. Dios, «fin y bienaventuranza del hombre» (*Suavidad* 32, 445).

1.1. *El alma como un guante.*

«Como el guante se hizo para la mano y nada vale para otro uso, así el alma fue creada para gozar de Dios, Creador suyo, y fuera de él está violentada y afligida» (*Suavidad* 32, 445).

Tras esta sentencia, versión de san Alonso del «Nos hiciste, Señor para ti...» agustiniano, se esconde la orientación fundamental de toda su antropología teológica y de la espiritualidad que en ella se sostiene. En efecto, «el hombre fue creado para entender aquel sumo bien que es Dios, y para que, entendiéndole, con libertad le amase, y amándole tuviese una posesión admirable de gloria, gozándose de su Creador» (*Monte* 2, 171). Nada al margen de esta finalidad fundamental puede satisfacer su anhelo más profundo. No hay metas alternativas, como muy gráficamente expresa la imagen del guante arriba citada.

Por eso, si el hombre opta por asentar el sentido de su vida en otros objetivos al margen del indicado, por ejemplo, tratando de encontrar su felicidad en las criaturas, pierde su rumbo natural y se encuentra violentado y afligido, es decir, no halla acomodo definitivo en nada y vive acongojado y triste. Y cuando encuentra algún contento no es nunca completo:

Las criaturas que amáis son ... tan insuficientes para contentar un alma creada para gozar de aquel sumo bien que ninguna de ellas, ni todas juntas, pueden dar al hombre entero contento.... Bastan para despertar sed al alma, mas no para darle hartura. Pueden atormentar al hombre, mas no alegrarle y consolarle (*Suavidad* 29, 430-431).

1.2. *A imagen y semejanza de Dios. El parentesco de la imagen.*

Los graves efectos que tiene para el hombre seguir o no su orientación fundante se explican porque esa tendencia no es un rasgo accidental de su condición humana, de forma que pueda ignorarla sin mayores consecuencias. Al contrario, la tiene impresa en la médula misma de su ser, porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Gracias a ello, el hombre, a diferencia del resto de la creación, tiene un parentesco, una semejanza particular con su Creador que le remite constantemente hacia él, como una selladura remite al sello que la ha estampado (*Regla de vida* 2, 259), y le pone en la senda de su amor, porque «la similitud es causa de amor» (*Ejercitatorio* 2, 317; *Corona* 1, 20). Esa imagen no solo le remite, sino que le hace capaz de Dios (*Memorial* 12, 169), capaz de entrar en diálogo con él y «capaz de gozar para siempre de Dios» (*Saba* 11, 576). Por eso «para llenar el seno y capacidad del hombre no basta todo el mundo», sino solo Dios (*Suavidad* 29, 432). Por eso también la falta del amor de Dios, su no admisión en la propia opción de vida, «es gran pobreza y miseria en

¹ Para una profundización en la antropología teológica y en la teología subyacente a la espiritualidad de san Alonso de Orozco, remitimos a los artículos de Gonzalo Tejerina recogidos en la bibliografía.

el alma», mientras que abundar en él «es mayor tesoro y riqueza que poseer el universo» (*Memorial*.Pr. 8).

Sin embargo, aún con esta capacidad, el hombre no podía colmarla ni lograr su fin por sí mismo; por eso, nada más crearlo, Dios lo enriqueció con su amor y amistad, con las virtudes teologales, las morales y la justicia original, de manera que, además, de resultar grato a Dios, gozaba de paz entre su espíritu y su carne (*Suavidad* 6, 360; *Vergel* 6, 57).

1.3. *La voluntad, reina del alma.*

Con toda la tradición cristiana de inspiración platónica, Orozco localiza la imagen de Dios en el alma. Y como, según la intuición agustiniana, el alma aun siendo una sola tiene tres potencias, la imagen grabada en ella es la del Dios uno y trino (*Memorial* 17, 346; *Padrenuestro* 1, 142). En cuanto creada a imagen de Dios, todas sus potencias apuntan a él desde el campo que les es propio: el entendimiento tiene como misión principal «entender y contemplar al Señor que la creó», la memoria «acordarse de los beneficios que de su Creador ha recibido» y la voluntad «responder con amor a quien con eternidad la amó, obedeciendo a su santos mandamientos» (*Monte* 8 211; *Epistolario* 6, t. I, 237; *Memorial* 17, 358).

Pero esas tres potencias, como parte de una misma esencia que son (*Vergel* 11, 82), no actúan descoordinadas entre sí, sino conjuntamente, si bien la voluntad conduce al resto a su propia finalidad, que es amar. Por ello, aunque a veces atribuye la primacía al entendimiento en cuanto es su guía (*Memorial* 7, 85), lo normal es que otorgue a la voluntad tal preminencia sobre el resto de las potencias. Ella manda sobre el resto, pero «como gran señora, no es mandada de otra potencia» (*Vergel* 10,76). Es por ello la «reina del alma» (*Corona* 12,3, 111; *Arte* 8, 235b).

Se entiende desde aquí el papel fundamental que tienen las potencias del alma en la espiritualidad de nuestro autor, y en especial la voluntad. De hecho, la voluntad y sus contenidos propios, que son el amor y la libertad, adquieren un papel determinante en ella, ya que son lo más propio, «lo más suyo» que tiene el ser humano (*Vergel* 11,83; *Ejercitatorio* 2, 316), de forma que es lo único que le pide Dios y lo que da valor a todo lo demás (*Corona*, 12, 2, 103-104). Todo el actuar histórico de Dios va encaminado a ganarse la voluntad libre del hombre, a ganarse su amor voluntario, «porque en nada estima lo que hacemos, si como gente forzada y cautiva servimos» (*D. Regla*, a. 31, 390; *Ejercitatorio* 2, 316). Él, que no necesita nada de nosotros, quiere que le sirvamos, como «gente libre y generosa» (*D. Regla*, a. 31, 390). Por eso, entre todas las criaturas visibles, solo al hombre lo quiso crear libre, aun «perdiendo con él su derecho», «porque así más le ensalzase y le glorificase sirviendo con amor y libertad a quien era obligado a servir por fuerza de justicia» (*D. Regla*, a. 31, 391; *Vergel* 10,76). La libertad está creada como libertad para el amor a Dios y al prójimo, y en otro uso se pervierte y esclaviza.

2. «Un navegar a viento contrario». El «profundo piélago del olvido»

2.1. «Ese olvido tan acostumbrado»

A pesar de ser «el hombre para tanto bien creado», sin embargo, se encuentra con que contemplar y amar a Dios es para él «un ir cuesta arriba, un navegar a viento contrario, adonde ha de hacer el hombre gran fuerza a sí mismo» (*Monte* 2, 172-173).

La humanidad está inmersa en un «profundo piélago de olvido» (*Memorial* 1, 23; 24, 451), en un «collado del olvido» (*Memorial* 3, 40), en el «valle mísero del olvido» (*Memorial* 3, 43). La desmemoria de Dios se ha transformado allí en un hábito, se ha convertido en «ese olvido tan acostumbrado de tu Esposo Jesucristo» (*Memorial* 1, 22).

No se trata de un olvido mental, de un mero desconocimiento de Dios, pues escribe en un reino cristiano y para lectores cristianos. De otro lado, la existencia de Dios era aceptada de forma general en aquel entonces. El ateísmo, tan frecuente en nuestros días, seguía siendo en esa época, como en tiempos de san Agustín, una *insania paucorum*, locura de unos cuantos. Para san Alonso, Dios no puede ser visto en esta vida porque es espíritu, pero su existencia es tan incuestionable que hasta los filósofos paganos tuvieron acceso a ella con la sola luz de la razón. Ante la posibilidad de que alguien niegue a Dios, como el necio del que habla el salmo 14 (13), se limita a comentar: «No es una dificultad; era necio y pensaba como demente» (*Alphabetum*, sub v. Deus, 543ab).

El olvido de que habla es más bien de tipo existencial. Tiene que ver con no reconocer los múltiples beneficios y dones con que Dios ha enriquecido al ser humano y, sobre todo, con el olvido de su amor, del que esos dones son una expresión elocuente. La humanidad debería haberse dado cuenta de lo mucho que debe a su bienhechor y haber correspondido con amor a su amor, dándole «gracias por todo, como el que vuelve lo ajeno a su dueño» (*Vergel* 9, 72). Pero vuelto hacia sí, parece como si todo le fuera debido y fruto de sus méritos, y ha ignorado esa respuesta de amor agradecido.

Su amnesia, por ello, no es solo simple desmemoria, sino ingratitud (*Memorial* 1, 22; 9, 118; 14, 297; 30, 522), descuido (*Memorial* 1, 14.19; 16,330), sueño pesado (*Memorial* 1, 22; 29, 512), deslealtad (*Memorial* 3, 40), «gran traición» (*Memorial* 3,40)...

2.2. «Lo más contrario al amor»

El olvido es claro signo de que el ser humano no ama a Dios como debe, «porque el amor, si admite olvido, ya no se dice ni merece el nombre de amor» (*Monte* 7, 208). Es lo más contrario al amor, porque en cierta forma supone la muerte del amado: «No tiene mayor contrario el amor que el olvido; entonces parece que nuestro amigo vive en nuestra alma cuando nos acordamos de él y, entonces, en alguna manera muere, aunque sea vivo, cuando nos olvidamos de él» (*Arte* 9, 238).

Como se ve, es una desmemoria que está relacionada con la voluntad, con el amor debido. Y en esto reside su gravedad, porque el olvido arrebató a Dios lo más propio del hombre, y por tanto al hombre mismo. Es en último término un ninguneo a Dios, un desprecio a su amor.

Por ello no es extraño que lo considere un gran pecado: «Es tan gran crimen que no puede ser mayor, pues de él, como de raíz emponzoñada, nacen todos los males» (*Memorial*, Suma 2, 559). Con parecidas palabras se refiere a la ingratitud —que es otro nombre del olvido— a la que también considera «el mayor crimen», (*Gratitud* 2, 340a), «bestia fiera que a tantas almas destruye y mata» (*Gratitud* 2, 338a), «viento cierzo que seca y destruye las misericordias de Dios» (*Gratitud* 2, 340a). Es «hija de la soberbia» mientras que «la gratitud nace de la humildad y amor verdadero. En manera que si ser ingrato es el mayor de los males, ser agradecido a Dios es la mayor de las virtudes» (*Gratitud* 2, 340a).

Las consecuencias del olvido ingrato son graves incluso ya en esta vida, pues aboca a que los hombres se contenten con poco; de espaldas al Creador se conforman con las criaturas pasajeras y menosprecian las realidades eternas. Es esta una «locura grande» (*Memorial* 9, 117) , una «gran

soberbia y presunción», pues el olvidadizo se pone a sí mismo como último fin, aunque en realidad lo que hace es «dejar al Señor y servir al esclavo» (*Memorial* 1,14). A quien por ser creado a imagen de Dios se le concedió el señorío de todas las cosas, se encuentra ahora con que, por negarse a servir a su Creador, se convierte en esclavo de aquello sobre lo que debería ser señor. La libertad con la que fue ennoblecido para que sirviera de grado al verdadero Señor y así poder gozar de él, termina alienada y esclavizada. Y la consecuencia es que, violentado y afligido, el hombre no puede encontrar el verdadero descanso, o lo que es lo mismo, no alcanza la plenitud a la que está llamado, con gran riesgo de condenación, si no despierta de ese sueño del olvido (*Memorial* 1, 22).

2.3. En la raíz del olvido. La imagen desfigurada

Este vuelco tan enorme tiene su raíz en el pecado, en el de nuestros primeros padres y en el nuestro actual. Aquel «enfermó y nosotros enfermamos en él» (*Memorial* 11, 141-142). El olvido es a la vez consecuencia y causa del pecado.

La situación del ser humano tras el pecado se parece a la del hombre asaltado al que atendió el buen samaritano: el alma «quedó llagada y dejada en el camino así como medio muerta» (*Memorial* 3, 40). Ese quedar medio muerta consiste en «solamente vivir vida natural, la cual es media vida cuando falta la gracia». Es decir, el pecado conlleva la pérdida de la gracia y de los dones sobrenaturales y deja al pecador solo con el ser natural, y este herido (*Monte* 2, 171-172). Por eso el espíritu puede seguir aplicándose con éxito a las realidades naturales; mas por lo que respecta a la vida sobrenatural, sus potencias, aunque activas, no pueden ya orientar al hombre hacia el fin para el que fueron creadas, porque son presa de diversas enfermedades: «ignorancia en el entendimiento, flaqueza para amar lo bueno en la voluntad y olvido de los beneficios de Dios en la memoria» (*Corona* 9,3, 80). La imagen de Dios tras el pecado queda desfigurada y herida, pero no destruida. Gracias a eso podrá ser sanada por la gracia de Dios.

2.4. Vino y aceite para sanar las heridas del olvido. La reconstrucción de la imagen.

«Pues torna con esa media vida a revivir, aprovéchate del aceite y vino que son misericordia y justicia, que como medicinas saludables te envía tu Esposo Jesucristo, para que sanes de las heridas pasadas de olvido» (*Memorial* 3, 41).

Solo Dios puede restaurar su imagen en el hombre y enriquecerlo con la gracia. El misterio pascual de Cristo - san Alonso se centra sobre todo en la cruz - posibilitó esa restauración: «Yo por el pecado afeé esta preciosa imagen, la cual vos padeciendo, con vuestra preciosísima sangre reparasteis» (*Memorial* 17, 358). Muriendo en la cruz, Jesucristo nos libró de la muerte eterna y nos «mereció la joya inestimable de su gracia». Desde entonces esa gracia «se nos debe de justicia, pues por su sacratísima pasión nos la tiene merecida», pero a nosotros «se nos da de gracia, porque no la merecimos» (*Memorial* 29, 506).

Esa gracia restituye los dones sobrenaturales y repara los naturales. Y así, en el bautismo, el cristiano recibe el don de las virtudes teologales (*Saba* 4, 542), que auxilian a cada una de las potencias del alma: la fe que alimenta o ilumina su entendimiento, la caridad que fortifica su voluntad, y la esperanza que recrea la memoria (*Memorial* 8, 107; *Catecismo* 4, 739; 5, 742). De esa forma puede recobrar la orientación primera.

En este proceso de salvación todo está marcado por el amor, que sana de raíz la voluntad y con ella a toda el alma, a todo el hombre. La gracia es amor santo de Dios (Tejerina 1992b: 537.571). También el Espíritu Santo «se llama y es amor santo» (*Memorial* 16, 318), que «con lenguas de fuego de amor» abrasa las entrañas derritiendo los corazones «con una suave dulzura del cielo» (*Monte* 3, 176). Todo es continuación de la misión de Cristo, que vino a prender fuego al mundo, «no otro sino de amor, porque nuestros corazones helados se encendiesen en amar a su Majestad» (*Ejercitatorio* 1, 313).

3. «Despertar la memoria olvidada» con la «memoria continua de amor santo»

Ante este panorama el interés de un predicador y de un hombre de Dios como Alonso de Orozco no era de carácter teológico, sino pastoral. Lo que él deseaba era ayudar al creyente en su respuesta al amor ofertado por Cristo. Quería presentarle un camino espiritual, un «arte», es decir, un método, para que pudiese alcanzar su destino creacional, presupuesta siempre la ayuda del agente principal e imprescindible, que es la gracia.

Se trataba de «despertar el amor» (*Memorial* 19,503). Para lograrlo, podemos descubrir en Alonso de Orozco dos vías, que son en realidad tramos de un mismo camino o dos vías que se solapan: la primera tiene que ver con un ejercicio de la memoria; la segunda, con la oración, como escala que eleva hasta Dios para llegar a la unión con él. Ambas se retroalimentan. La primera aporta el material para que la segunda pueda iniciar su escalada, pero al tiempo el mismo ascenso enfervorece la memoria. Podríamos decir que la memoria es el punto de apoyo y la oración la palanca, o para emplear una imagen más cercana al mismo Orozco, la memoria es la leña y la oración el fuego que se alimenta de la primera y enfervoriza el corazón hasta llegar a la unión con Dios en el amor.

Por los límites del artículo, nos centraremos en la primera de estas vías, y haremos solo una breve alusión a la segunda, por otra parte, más estudiada.

3.1. Memoria de amor santo. La materia para cebar el fuego

De las tres facultades del alma, la memoria es a la que menos importancia atribuye Orozco en su concepción antropológica. Y, sin embargo, en su doctrina espiritual desempeña una función imprescindible, aunque siempre asociada a las otras dos. Se trataba de actuar allí donde el olvido era más demoledor: en la voluntad. Pero la voluntad y el entendimiento que la guía, volcados en su errático amor a las criaturas (*Vergel* 8, 69; *Padrenuestro* 4, 149), no pueden revertir su camino si no se les presenta un amor diferente y lo suficientemente grande y atractivo como para que, olvidando a las criaturas, vuelvan al Creador (*Suavidad* 29, 434; 31,439). Y ahí aparece el papel crucial de la memoria. Es ella la que les aporta el recuerdo de un amor más grande y más dulce, y con ello les abre una vía más sublime y efectiva para retornar al camino correcto.

3.1.1. Traer a Cristo siempre presente.

Se parte, pues, de la memoria. Pero ¿qué contenidos hay que traer a ella? Podemos encontrar la respuesta en el título de las dos obras donde expone su propuesta de forma más sistemática. La principal es el *Memorial de amor santo*, cuyo rótulo expresa así el argumento de todo el libro: «En el cual se trata la manera como se ha de traer nuestro Redentor Jesucristo en el corazón siempre presente por memoria continua de amor perfecto» (*Memorial* p. 5). La segunda, poco anterior en el tiempo, es el *Ejercitatorio espiritual*. También en el título se dice que «enseña a traer siempre

presente al Esposo Cristo Jesús» (*Ejercitatorio* p. 307). Es, pues, una memoria centrada en la persona de Jesucristo; es a él a quien hay que hacer presente mediante el ejercicio de la memoria.

Pero si queremos concretar un poco más, tenemos que preguntarnos bajo qué perspectiva se recuerda y se contempla a Cristo, qué aspectos de él hay que traer presentes. Podemos obtener la respuesta acudiendo a la segunda parte del *Memorial*, donde, siguiendo la pauta de la oración metódica propia de la *Devotio moderna*, se ofrecen siete ejercicios, uno para cada día de la semana. En ellos se invita a hacer presente a Cristo o a presentarse ante él (se usan las dos expresiones) contemplando diversos «motivos» o «consideraciones» a partir de siete denominaciones que la Escritura aplica a Jesucristo: juez, médico, prestador o bienhechor, pastor, rey, esposo, padre. De ellas, las seis últimas se centran en nombres que tienen que ver con la actividad salvífica de Cristo, con su obrar en favor de los hombres. Son estos seis nombres los que nos aclaran la perspectiva desde la que propone hacer presente a Cristo, en contraste con el primero, mera preparación para quienes no pueden todavía emprender otra ruta más perfecta.

Como el camino que sugiere va dirigido a todos los fieles, independientemente de su grado de perfección evangélica, dedica el nombre de juez a aquellos que están en los inicios: quienes aún son incapaces de entender el lenguaje del amor de Dios y se mueven todavía aguijados por el temor. Nuestro autor pretende que la consideración en torno a ese nombre engendre en ellos «un deseo de no querer pecar más, apartándose de la culpa, a lo menos por no sentir las penas del infierno» (*Memorial* 10, 131). Pero esta, ha de ser una etapa provisional, porque lo que se busca es que venga «a parar este temor en amor saludable, aborreciendo ya el pecado no por temor de la pena, sino por vergüenza de la ofensa que hizo contra su Dios» (*Memorial* 10, 131). Por ello tras el primer nombre (juez) aborda el resto, que son denominaciones de salvación, de amor de Jesucristo a los hombres. Esa transición del temor al amor la había ilustrado previamente con una imagen muy gráfica:

“De suerte que quien por temor de las amenazas ya dichas se vuelve a la memoria del amor santo no hace mal, porque este tal ceba al fuego con leña; mas el que por amor se persuade a continuamente amar al bendito amado Jesús, este tal ceba fuego con fuego, que es mayor y más delicado arte de amar» (*Memorial* 2, 26).

Eso es, pues, lo que pretende al proponer traer a Cristo presente: cebar fuego con fuego, es decir, «cebar amor con amor» (*Memorial*, Suma II, 560). Y para ello nada mejor que traer presente a Jesucristo, que es el revelador por antonomasia del amor de Dios. Él es el auténtico libro memorial de amor santo, «sacado del profundo abismo de amor» de Dios (*Memorial* 1, 13). Toda su vida, desde la encarnación hasta la muerte, fue manifestación del amor de Dios, y por ello el Padre eterno reveló con él el nombre nuevo, pero eterno de Dios, recogido por san Juan: «Dios es amor» (*Memorial* 1, 12.13). Desde aquí podemos entender que los seis nombres salvíficos mencionados arriba, que son solo una muestra de otros «setenta mil que Dios te enseñará» (*Memorial* 21, 425), no son más que concreciones del contenido de ese nombre nuevo que define a Dios como amor.

Por consiguiente, la perspectiva desde la que se trae a la mente el misterio de Cristo es de carácter espiritual y está centrada en el recuerdo y contemplación de su amor santo para que este «arda en nuestras entrañas por una memoria continua de quien más que a sí nos amó» (*Memorial*, Pról., 9) y despierte y alimente en el hombre la respuesta del amor debido, hasta hacer de él «muy diestro amador de Dios» (*Memorial*. Dedicatoria. Ed. Sevilla 1545, f. 3r; *Ejercitatorio* 2, 316).

3.1.2. Memoria de una deuda. «Amor no se paga sino con amor»

Es el mismo Cristo quien nos despierta a su amor. Y para ello emplea las tres maneras con que, según Orozco, «se suele despertar el amor que está olvidado: la primera es por dones, la segunda por palabras, la tercera por señas» (*Memorial* 29, 503). De esas tres, la fundamental, aquella en que más se centra Orozco, es la de los dones o beneficios, quizá porque es la más idónea para que el hombre capte lo mucho que Cristo ha hecho por él y le sea más fácil apreciar la «utilidad» de ese amor y sus consecuencias prácticas en su ser y en su existencia. Por otro lado, esa primera manera de alguna forma engloba a las otras dos, cuya finalidad en el fondo es también favorecer a la humanidad.

Por ello, a lo largo de sus obras enumera numerosos beneficios que recibe de Dios el ser humano, tanto a título personal como universal. Pero en los que más se detiene son en cuatro universales, que recopilan es sí toda la historia de la salvación: creación, conservación, redención y glorificación (*Gratitud* 2-3, 340-344; *Ejercitatorio*, Suma 1, 324; *Epistolario* 3, t. I, 149; *Saba.Arte* 4, 684). En ellos están encerrados todos los demás: «Cada beneficio de los cuatro que dijimos es tan grande que no hay palabras que basten a darle el debido encarecimiento [...] Cuatro dones son que encierran dentro de sí otros cien mil, demás de los particulares que cada uno ha recibido» (*Regla de vida*, Suma 1, 324). No son pocas las páginas que dedica a detallarlos². Con ellos muestra que el ser humano es objeto privilegiado de la bondad divina, de la que ha recibido todo. Y así, hablando de Jesucristo como bienhechor dice: «A quien debes todo lo que posees, todo lo que eres, y aun antes que fueses, ya debías gran deuda, pues en eternidad te amó este amor infinito, tu Dios» (*Memorial* 12, 152)³.

Junto a la presentación de esos beneficios, es frecuente que san Alonso incluya algunas consideraciones que contribuyen a magnificar estas acciones bienhechoras de Dios. Así habla de su absoluta gratuidad, ya que Dios en nada necesita al hombre, «pues en eternidad antes que crease cosa alguna, es felicísimo en sí mismo» (*Suavidad* 29, 433); de la falta de merecimiento del ser humano y aun de su demérito para recibirlos, pues «no mira nuestro Dios a nosotros cuáles somos para nos hacer continuas mercedes, sino mira al amor infinito y perpetuo con que nos ama así como a criaturas suyas» (*Memorial* 12, 155); o de los sufrimientos del Hijo de Dios para conseguirnos alguno de ellos (*Memorial* 9, 118; 30, 523). Todas estas ponderaciones se resumen en una exclamación que recuerda otra agustiniana (s. 177, 9): «Oh, alma, tan amada y tan sin porqué» (*Memorial* 16, 324).

Todo ello va encaminado a hacer consciente al hombre de la inmensa deuda que tiene contraída con Dios y de la obligación consiguiente de satisfacerla (cf. *Memorial* 29, 503-504). Aunque algunos de

² A manera de ejemplo, puede verse el desarrollo que hace de ellos en el tratado llamado *Gratitud cristiana* 2-3, 340-344.

³ En nuestra época, en que la doctrinas de la creación y de la redención no pasan por sus mejor momento y en la que un nuevo pelagianismo parece haberse impuesto, nos cuesta apreciar el gran valor que Orozco otorga a estos beneficios y que, de hecho, tienen en sí. Pero su valor no se reconoce solo acudiendo a autores del siglo XVI. Si, por ejemplo, queremos apreciar los dos primeros (creación y conservación) desde la mejor reflexión teológica actual, basta acudir a la comprensión de K. Rahner de la condición creatural del ser humano como «dependencia radical de Dios», aun manteniendo la subsistencia propia (Rahner 1989: 103). Es esta una dependencia duradera y no solo referida al momento de su comienzo, como muchas veces cree el hombre contemporáneo, limitando la creación a una explicación de los orígenes sin mayor transcendencia en el momento presente de la criatura. Pues bien, esa dependencia radical continua pone de relieve que el ser finito existe en cada momento solo por el Infinito, que le dona a cada instante el ser, y que, por tanto, sin esa constante donación del ser, sería nada. Esto mismo lo expresa Orozco con una imagen muy elocuente: «Así como los rayos del sol se conservan en presencia suya y ausentándose a la noche se desvanecen, de la misma manera todas las criaturas, si Dios las dejase, se volverían a la nada que antes eran [...]. Cada día os da el ser como de nuevo, sustentándoos y aun regalándoos» (*Gratitud* 2, 341b).

los términos que usa están tomados del lenguaje mercantil, no estamos aquí ante una mentalidad mercantilista del *do ut des* ni se está proponiendo una especie transacción comercial, con la vista puesta en lo que el hombre pueda sacar de Dios y lo que ha de darle a cambio. Cristo con sus dones lo que busca es «aficionarnos a sí» (*Gratitud* 3, 242b). Y el creyente se mueve «no buscando dones, sino al mismo Dador. Ama desinteresadamente al que de la misma suerte tanto nos amó» (*Certamen* 5,2, 370).

No nos situamos, pues, en el plano de las relaciones comerciales, sino en el de las personales. De hecho, los cuatro grandes beneficios mencionados y todos los que se derivan de ellos proceden en realidad del amor de Dios y son solo un medio para expresarlo: «De arte que así como el sol es causa de adonde proceden sus rayos, así este amor santo con el cual Jesucristo nos amó es mar de donde nacen y vienen a nosotros todos los beneficios» (*Memorial* 12, 156). Lo importante no es lo que dan, sino la auto donación divina que expresan. Es, pues, ante todo, una deuda de amor. Y a ella hay que responder «con la dulce paga de amor libre» (*Padrenuestro* 1, 142), pues «amor no se paga sino con amor» (*Regla de vida* 1, 255).

Pero no vale un amor cualquiera; se requiere un amor total, con todo el ser, que es el único proporcionado, aunque sea pobremente, al que se ha recibido: «Proporción y similitud hay alguna que ames del todo a quien te ama en todo y por todo, de manera que dando lo poco que puedes en amar, satisfaces lo mucho que debes deseando amar a tu Señor y Creador» (*Memorial* 3,36; 30, 524). De esta forma el pago de la deuda se convierte en realidad en la vía para establecer una auténtica comunión de amor entre Dios y el hombre, en la que se donan mutuamente, porque «la condición del amor es dar la posesión de sí mismo al amado. Nada estima Dios que le des tu hacienda, tu entendimiento, si le quitas la principal joya que es el amor. Dios se te da por tuyo, si tú te entregas a él por amor amándole» (*Corona* 12,2, 103).

Desde aquí se entiende que la exigencia de amor que reclama Dios al hombre no busca ningún beneficio propio, sino que solo tiene como finalidad enriquecer al hombre: «Ama Dios por ser amado, sabiendo que son bienaventurados los que le amaren» (*Arte* 9, 238a). Así se comprende también la aparente paradoja de que el pago de la deuda, lejos de gravar al hombre, en realidad lo enriquece (*Suavidad* 29, 433) y lo deja «con más caudal y tesoro» (*Memorial*, pr. 10).

3.2. «Tan alto ejercicio como es memora de amor» (*Memorial* 2, 25)

Como vimos, después del pecado, la vuelta a Dios es «un ir cuesta arriba, un navegar a viento contrario» (*Monte* 2, 172-173). La memoria de amor, al menos en los primeros niveles, no es, por ello, una acción espontánea, sino que necesita de arte, de método (*Memorial* 3, 37, *Ejercitatorio*, Suma 330), en el que el sujeto ha de hacerse cierta fuerza a sí mismo para lograr traer siempre presente a Cristo. Es un ejercicio: no un mero recuerdo, sino un esfuerzo por recordar, por hacer presente. Pero Orozco también tiene comprobado que el arte es solo necesario al principio, que luego el alma llega a ser tan hábil como para ver a Jesucristo presente en todas las cosas, y ya sin esfuerzo (*Ejercitatorio*, Suma 330-331).

Para mejor aquilatar el ejercicio requerido, nos vamos a detener en tres características de este ejercicio de memoria.

3.2.1. «Memoria amorosa» y agradecida. «Ejercicio de amor santo» (*Memorial* 26, 481)

La memoria de amor santo no tiene solo que ver con el recuerdo neutro de unos contenidos, sino también con la manera de hacerlo: no basta con recordar el amor de Dios; es necesario recordarlo amando. Es un ejercicio de amor, una «memoria amorosa» (*Memorial* 6, 73; 13, 192). Está implicado en ella todo el sujeto, con toda su alma. La memoria, urgida por la voluntad, aporta los contenidos al entendimiento iluminado por la fe, para que este los contemple y contemplándolos los presente como apetecibles a la voluntad, de manera que esta se inflame de amor hacia ellos.

Porque en la propuesta de Orozco el conocimiento de Cristo ha de ser «conocimiento afectivo, que es conociendo amarle y darle todas sus entrañas y corazón» (*Epistolario* 10, t. II, 34). Un conocimiento en que no solo intervenga el entendimiento, como ocurre entre los filósofos, sino en que el entendimiento «vaya acompañado de la obra de la voluntad, que es el amor» y «vaya amando lo que va contemplando» (*Corona* 12, 3, 110-111).

Aun siendo muy partidario del estudio teológico y escriturístico, para un conocimiento más profundo de Dios y para predicarlo (*Epistolario* 10, t. II, 31), Orozco es consciente de que un mero aumento en el conocimiento de Dios no sirve para salir del olvido y transformar la propia vida. Tenía experiencia de que «los menos enseñados en ciencia» aventajan muchas veces a los letrados en el conocimiento de Dios, pues el tiempo que «suele gastar el sabio en entender, buscando razones vivas y cuestiones muy sutiles lo emplea el que menos sabe en amar a su Creador». (*Monte* 7, 207). El que el entendimiento inicie su contemplación desde el recuerdo del amor evita un conocimiento estéril de Dios, que lo conoce, pero no lo ama ni le da gracias (*Monte* 7, 204).

Pero junto al amor, el ejercicio de la memoria, es a la vez un ejercicio de agradecimiento. El memorial de los beneficios divinos es para ejercitarse «como gente agradecida» (*Memorial*.Suma 2, 559). La conciencia de los «grandes bienes y tesoros» recibidos es un estímulo para que el receptor sea persona agradecida a Dios; y el agradecimiento se plasma en tener siempre en la memoria lo que le debe, darle gracias y amarle de todo corazón (*Regla de vida* 1,255). Con frecuencia Orozco enumera juntos estos tres actos como partes de una misma respuesta a Dios (*Memorial* 11,148; 12, 155.163). Es la única forma que tiene el hombre de corresponder al amor de Dios. No puede pagar los beneficios divinos con otros beneficios, como pediría la ley de la amistad, porque el Creador no tiene «necesidad de cosa creada ni de sus servicios»; «se contenta con que le seamos gratos alabándole y amándole de corazón y cumpliendo sus mandamientos» (*Gratitud* 1, 339a). Solo desde ese agradecimiento, puede surgir un amor libre, que es el que busca Dios de nosotros (cf. *Memorial*.Suma 2, 560).

3.2.2. «Memoria continua de amor infatigable»

Una de las características en que más insiste es en la continuidad de la memoria de amor santo. No se trata de recordar a ratos o un momento. Es un ejercicio constante, ininterrumpido, «en todo lugar y tiempo» (*Arte* 9, 239b, *Monte* 5, 187). Este afán por la memoria continua se aprecia en las sugerencias de ejercicios para traer presente a Cristo recogidas en la segunda parte del *Memorial*. En una primera propuesta se invita a meditar un nombre de Cristo cada día de la semana; en una segunda se anima a tratar los siete nombres cada día, según las siete horas canónicas; pero en ambas, Cristo es recordado continuamente todos los días de todas las semanas (*Memorial* 10-17.20-21).

Aun sabiendo que esta continuidad no es de precepto (*Certamen* 3, 344), Alonso de Orozco invita a ella fundamentalmente por su comprensión del amor leal, del amor fiel, que no puede dejar de pensar en la persona amada ni un solo instante:

“No sufre el solícito amor santo que pase hora en él sin memoria de su Dios; y aún muchas veces hace esto cada momento ... Y una hora de olvido tiene a gran traición el amor leal: cuánto más un día y muchos días mal empleados en el mundo, con tanto olvido de Dios, será crimen *lesae majestatis*» (*Memorial* 3, 39-49).

Un amor así es un amor que no se cansa y que reclama, por ello, «una memoria continua de amor infatigable (*Monte* 5, 187).

Solo una memoria de este tipo impide la muerte práctica del amado en el alma del amante y favorece una comunión permanente y una unión de amor sin tibieza, en la que amado y amante se viven mutuamente: «Queréis que siempre nos acordemos de vos, Dios mío, porque el olvido no cause tibieza en nosotros, antes, acordándonos de vos y amándoos, viváis vos en nuestra ánima y nuestra alma viva vida de amor en vos» (*Epistolario* 6, t. I, 237). La misma perfección, que es siempre perfección en el amor, va ligada a la memoria continua: no se es «acabado en virtud y perfecto en santidad» sin esta memoria continua (*Arte* 9, 239s).

Por ello se atreve a proponer a todos, no solo a los religiosos, sino también a los seglares, la invitación a la memoria continua, consciente de que no todos podrán ejecutarla al mismo nivel; pero también convencido de que incluso puede ser llevada a cabo en medio de la vida activa (*Memorial* 24, 411), con tal de que esta no sea superflua:

Quiero decir que no por ser contemplativa te descuides de los pobres y de tu propia familia y casa, pues en estas obras puedes mezclar la contemplación con memoria amorosa de Cristo; y aun muchas veces la vida activa es leña para que el alma con mayor fervor guste de Dios cuando le contemple (*Memorial* 22, 434).

Lo mismo dirá cuando en la oración hable del último grado de contemplación: imposible llegar a él sin ejercitarse antes en la vida activa y en la caridad diligente (*Monte* 5-6). Y es que como la luz no ocupa lugar, sino que hace lugar desterrando las tinieblas, así «nuestro Redentor luz es que ni estorba tiempo ni nos quita lugar alguno» (*Ejercitatorio* 2, 320).

Y así, frente a quienes creen que la continuidad propuesta es imposible, Orozco acude a la comparación con el amor humano, que arrebató al amante y no le deja parar:

Mal sienten los que dicen que Cristo no se ha de gozar sino a solas y a ciertos tiempos; lo contrario parece de un amorcillo apasionado que el hombre tiene de una vil criatura, ... Pues por qué no podrá esto y mucho más el verdadero, pacífico, dulce y santo amor del amoroso Jesucristo cuando el alma está herida de su caridad y afición (*Ejercitatorio* 2, 320).

San Alonso no es un ingenuo. Sabe de las dificultades e incluso de la imposibilidad para mantener siempre la memoria de amor atenta a Cristo. Pero no se da por vencido. Para superar las dificultades dedica en el *Memorial* algunos capítulos a ensalzar la virtud de la perseverancia, porque «nada vale el principio de cualquier ejercicio sin ella», y a dar instrucciones para combatir sus tres peores enemigos: el extremismo imprudente en la penitencia corporal o espiritual, la ocupación superflua y, el más letal, la indevoción y sequedad (*Memorial* 6-8). Respecto a la imposibilidad, reconoce la flaqueza humana en esta vida, pero aclara que Dios se conforma con que se recupere su recuerdo lo más

pronto posible para seguir teniéndolo presente, como él tiene continuamente presente al hombre (*Suavidad* 29, 433). Además, para todo ello cuenta con la ayuda imprescindible de la gracia, que infunde el amor de Dios en el corazón del creyente.

3.2.3. Memoria transformante

Si el amor leal y fiel exigía memoria continua, mucho más reclama exclusividad, porque se trata de un amor sponsal: «El primer bien es la fidelidad que has de tener, amando solamente a este amado Esposo Jesucristo. ..., que en tu entendimiento no haya error ni en tu voluntad afición que no sea caritativa y santa, ni en tu memoria se represente sino solo a Jesucristo» (*Memorial* 16, 332-332). Es un amor total, como viene exigido por el primer mandamiento, que Orozco, como otros de sus contemporáneos, interpreta como amar a Dios de todo corazón, entendimiento, y memoria, lo que implica no dar parte sino todo: «No te derrames, amando diversas cosas ... deja el amor de toda criatura, y empléate en el amor del Creador» (*Memorial* 24,456-457; *Corona* 12,2, 103).

Según esto, el ejercicio de la memoria de amor exige una reorientación de los amores, una reordenación de la escala axiológica, para devolver a Dios y a su amor la primacía, y recuperar así la orientación primigenia. En este sentido la memoria de amor santo es un ejercicio de conversión, un pasar de un olvido a otro olvido, de un amor a otro amor. Si antes el amor a las criaturas hizo caer en olvido el amor de Dios, ahora el amor de Dios ha de llevar al olvido de todas las criaturas. Y esto no por desprecio de su valor, sino para situarlas en el lugar que les corresponde: ser recursos de uso para cubrir las necesidades de esta vida y no metas en sí mismas donde el hombre pueda lograr su felicidad, suplantando el puesto que solo a Dios pertenece (*Suavidad* 29,432). Se trata de arrebatárles el dominio que el hombre les había concedido en su pecado sometiéndose a ellas, para recuperar el señorío que, como imagen de Dios, le corresponde a él sobre ellas. Es, en este sentido, un ejercicio liberador.

Puestas las cosas en su sitio, el hombre ya no buscará su consuelo en las criaturas. A cambio experimentará el consuelo de Dios: «en dejándolo todo por el todo, que es Dios, se presentará a nuestra memoria como padre que viene con gran deseo a consolar a sus hijos (*Suavidad* 29, 432). Y la recompensa de esa liberación del amor a las cosas será paga de paz y gozo: «No dilatas la paga a tus escogidos para después de la vida; luego [=inmediatamente] les das la salva de la gran paz y gozo que en el cielo les tienes guardado», porque «jamás fue Dios soledad para quien le sirve y con fe y amor le busca» (*Suavidad* 29, 433).

Reorganizada así su relación con el entorno, también el hombre experimenta la unidad y la paz consigo mismo, y todo el hombre, alma y cuerpo, queda unificado y pacificado en el servicio a Dios: «La fuerza de este amor santo arrebatá todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave de este benigno Redentor» (*Memorial* 29, 511). Se trata, en definitiva, de una vida nueva (*Memorial* 3, 43), en la que Cristo «gobierna toda la casa» y la protege (*Memorial* 12, 162), en la que el hombre exterior y el interior vuelven a estar concertados y no lucha ya la ley de la carne contra la del espíritu porque ambos están regidos por la ley suave del amor (*Memorial* 5, 58). De esta manera el hombre recupera la orientación fundante que le conduce hacia la verdadera felicidad y plenitud: «Nada le contenta, nada, le satisface sino su único amado [...] A uno solo ama, a un solo Esposo quiere, de uno está sedienta, a solo uno anhela, con exclusión de todos» (*Certamen* 5, 378).

4. En la fuente del amor: oración como escala hacia Dios. Memoria orante

Todo este proceso y ejercicio de memoria se realiza en un contexto de oración. No podía ser de otra manera. Si todos los beneficios otorgados al hombre por Dios son pura gracia, si el hombre no puede conseguir el fin sobrenatural al que estás llamado sin la ayuda divina, entonces la oración se hace imprescindible en este ejercicio de memoria, no solo para solicitar el favor divino, sino también para expresar el agradecimiento y la alabanza ante un Dios tan generoso.

De hecho, además de las frecuentes alusiones a la oración en el *Memorial*, las mismas meditaciones que ofrece en él en torno a diversas denominaciones de Cristo concluyen todas con una oración recopilatoria, en la que personaliza lo expresando en el ejercicio. En ellas ya no se trata de este o aquel beneficio en general, sino de lo que ese beneficio ha afectado a la existencia de quien ora. Ya no se trata de la creación, conservación, redención o glorificación en general sino de «mi» creación, «mi» conservación, «mi» redención y «mi» glorificación. En ellas se elevan a Dios los deseos e inquietudes surgidos a los largo del ejercicio en cuestión convertidos en oración de petición, de perdón, de misericordia, de gracia, de amor, pero también de alabanza, de agradecimiento y de glorificación.

Es decir, la oración sirve para descubrir reflejados en la vida del orante, los beneficios regalados por Dios a toda la humanidad. Y todo ello en diálogo con el mismo Dador, y en diálogo amoroso. Es en ella donde se reconoce el amor escondido tras los beneficios y donde el alma se enciende en fuego del amor. Es en ella donde la memoria de amor santo va transformando al orante y haciendo posible ese vivir de Cristo en él y de él en Cristo, que es la finalidad última de la memoria de amor santo y de la oración misma. Esa conexión entre amor santo y oración la había dejado clara en el *Vergel de oración*: «¿Quieres hallar el amor santo y casto? Vete a la madre del hermosísimo amor, que es la oración» (*Vergel* 4, 50).

Pero la interdependencia de la memoria de amor y la oración forma parte de un proyecto más ambicioso de san Alonso. La primera obra que proyectó fue el *Vergel de oración y Monte de Contemplación*, escrita al mismo tiempo que el *Memorial de amor santo*. Pues bien, en ella ofrece un itinerario para llegar a la contemplación de Dios, que supondrá en último término la unión con él en el amor, de forma que el hombre consiga así la meta para la que fue creado. En ella presenta la oración como una escala para ascender hasta Dios según los cuatro grados que aparecen en la *Scala Paradisi*: lectura, meditación, oración y contemplación. Son los pasos de la *lectio divina*. Pero en nuestro caso, la obra aborda explícitamente solo el tercero y el cuarto. De los dos primeros apenas habla; pero Alonso de Orozco concibe sus obras como el material del que parte la oración y la contemplación, de forma que el lector no se limite a leer, sino que entable una conversación amorosa con su Creador. El *Vergel de oración y Monte contemplación* es el método para escalar; el *Memorial de amor santo* el depósito de donde tomar los contenidos fundamentales para ascender en diálogo amoroso. Por eso todo el ejercicio de la memoria de amor es, en realidad, un ejercicio de oración, y de oración continua.

Conclusión

San Alonso con su propuesta de memoria continua invita al creyente a recuperar la centralidad real de Jesucristo en su vida, a no vivir su fe de forma intermitente y marginal, sometida al capricho de los propios gustos y estados de ánimo, sino a trabajarse a sí mismo para que Cristo y su reino vayan

ganando terreno en la propia existencia frente a todo lo que comparado con él es secundario. Es una apuesta con todo el corazón y toda el alma por lo verdaderamente importante.

Es un ejercicio de fe en la propia fe, de tomarse en serio aquello en que se cree, en la certeza de que solo Cristo basta, de que solo él es capaz de llenar la propia vida de gozo y de sentido y de colmar el corazón humano. Es también un ejercicio de liberación, de soltar amarras de tantas cosas que nos atan sin que acaben nunca de cumplir la promesa de plenitud que les asignamos, una invitación, frente a todo tipo de consumismo, a recuperar el señorío sobre las cosas para que la libertad pueda emplearse de en aquello para lo que fue creada: amar a Dios y a su reino. Es también un aldabonazo para no caer en el olvido de Dios y de su amor, para no dejarlo en un segundo plano intrascendente, de forma que no acabe nunca de ser el verdadero motor de la vida.

Pero es una invitación que no se basa ni en el miedo ni en el sentido del deber, sino en el descubrimiento del amor de Dios en la propia vida. Ese es el gran reto que plantea. Ese es el motor de toda la propuesta junto con la ayuda de la gracia. Es por ello una respuesta agradecida, alegre, de quien se sabe agraciado con un amor gratuito que no merece y que le estimula a amar también sin condiciones.

Orozco estaba convencido de que su programa se podía llevar a la práctica en cualquier estado de vida, de que en todo momento se podía traer a Jesucristo presente con memoria amorosa. Quizá hoy nos parecen exagerados los ejercicios que propone para practicar esa memoria continua, pero siempre es posible, como decía esa otra mística del siglo pasado, Madeleine Delbrêl, encontrar huecos para hacer presente a Dios:

Estemos donde estemos, allí está Dios también. El espacio para reunirnos con él es el lugar de nuestro amor, que no quiere estar separado de Dios, que quiere encontrarle... Cinco estaciones de metro... nuestras idas y venidas, aunque sean tan breves como pasar de una habitación a otra... los momentos en que nos vemos obligados a esperar...[Todos ellos] son momentos de oración para nosotros, en la medida en que nosotros estemos preparados para ellos. (Delbrêl 5, 2, 218-219).

Bastará con que en nuestro corazón esté siempre presente el deseo que albergaba el de san Alonso de Orozco: «Seamos, Señor, amigos, y bástanos» (*Vergel* 17, 106).

BIBLIOGRAFÍA

I. Obras de san Alonso de Orozco

(A falta de edición crítica de sus obras completas, que está en preparación, citamos por la edición más reciente. Cuando por deficiencia de la edición moderna citamos por la príncipe lo señalamos. En las citas en el texto indicamos solo el capítulo y el número de página de la edición correspondiente)

Alphabetum «Alphabetum oratorum», en *Opera Ven. S. D. Fr Ildephonsi ab Orozco...* Imprenta del V. S. de Dios Fray Alonso de Orozco, Madrid 1736, Tomo latino III, p. 501-736.

Arte «Arte de amar a Dios y al prójimo», en *Obras del Ven. S. D. Fray Alonso de Orozco...*, Imprenta del V. S. de Dios Fray Alonso de Orozco, Madrid 1736, Tomo castellano I, pp. 265-298.



- Catecismo** «Catecismo provechoso», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 695-843.
- Corona** *Tratado de la corona de nuestra Señora*, Imprenta mariana, Lérida 1892, XI+116 pp.
- Certamen** *El Certamen del amor santo*. Trad. P. Pedro Lozano, Imp. G. López del Horno, Madrid 1914, 297-387. 466-492.
- D. Regla** «Declaración de la Regla de San Agustín», en ALONSO DE OROZCO, *Crónica de san Agustín y de los santos, beatos y doctores de su Orden*, FUE/UPSA, Madrid 2001, pp. 331-399
- Ejercitatorio** «Ejercitatorio espiritual» en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 307-321. 330-331.
- Epistolario** «Epistolario cristiano para todos los estados», en *Obras del venerable P. Fr. Alonso de Orozco*, Imp. Viuda e hijos de J. Subirana, Barcelona 1882, t. I, 324 pp. y t. II, 1-115 pp.
- Memorial** «Memorial de amor santo», en *Obras del beato Alonso de Orozco*, Imprenta de Calatrava, Salamanca 1896, t. II, 666 pp.
- Monte** «Monte de contemplación» en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 167-237.
- Regla de vida** «Regla de vida cristiana», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 239-306. 323-330
- Saba** «Historia de la reina Saba», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 219-664
- Saba.Arte** «Arte brece de servir a Dios», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 665-693
- Suavidad** «Tratado de la suavidad de Dios», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 333-517.
- Vergel** «Vergel de oración», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 1-137
- Padrenuestro** «Declaración del *Paternoster*», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. 138-166

II. Autores modernos

- BENNASSAR, B, «Los españoles y la religión en el siglo XVI», *Cuadernos de Historia* 16, 110 (1985) 10-16.
- BUBER, M, *Eclipse de Dios, Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*. Sígueme (=Colección Hermeneia 56), Salamanca 2003, 189 pp. (Primera edición alemana, 1952).
- DELBRËL, M, *La alegría de creer*, Sal Terrae, Santander 1997, 246 pp.
- RAHNER, K, *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 1989, 535 pp.
- TEJERINA ARIAS, G. 1992a. «A imagen de Dios: visión teológica del hombre en la doctrina de Alonso de Orozco». Pp. 95-130 en LAZCANO R. (ed.), *Figura y obra de Alonso de Orozco, O.S.A. (1500-1591) : actas de las Jornadas del IV centenario de su muerte*, Ed. Revista Agustiniiana, Madrid 1992, 95-130 pp.
- TEJERINA ARIAS, G. 1992b. «Amor santo de Dios»: Antropología y teología de la gracia en Alonso de Orozco», en *Revista agustiniana* 33 (100) 521-73.

TEJERINA ARIAS, G., 2001a. «Introducción general a los tratados espirituales del Beato Alonso de Orozco», en ALONSO DE OROZCO, *Obras completas I. Obras castellanas (I)*, BAC, Madrid 2001, pp. XXV-XCVII.

TEJERINA ARIAS, G. 2001b. «Revelación creacional y estética religiosa en la doctrina de Alonso de Orozco». *Salmanticensis* 48 (3) 521-52.

TEJERINA ARIAS, G. 2003. «Fe, esperanza, caridad. La teología de la vida cristiana de San Alonso». *Revista agustiniana* 44 (133) 271-304.

SOBRE EL AUTOR: P. CARLOS JOSÉ SÁNCHEZ DÍAZ, OSA

Carlos J. Sánchez Díaz es sacerdote agustino. Es licenciado en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid (1989). Cursó estudios de Patrística en el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma (1985-1987). Ha sido profesor del Instituto Teológico Escorialense (1990-2006).

Desde el año 2006 lo es en el Centro Teológico San Agustín, donde en la actualidad imparte Lengua latina I y Lengua Latina II. Anteriormente enseñó en él también Lengua griega y Teología de san Agustín. Tiene publicados algunos artículos sobre san Agustín y San Alonso de Orozco. Actualmente está trabajando en la publicación de las obras completas de san Alonso de Orozco.